

Patrizia Granziera

Cultura prehispánica en los jardines aztecas¹

Los primeros conquistadores españoles quedaron sorprendidos al ver la variedad, extensión y elaborada arquitectura de los famosos jardines aztecas. Había jardines reales cerca de la capital, Tenochtitlan, en Chapultepec, Ixtapalapa, Huasteppec y El Peñol, así como en lugares más lejanos como Atlixco. Los jardines de la élite, como los de los templos, eran mantenidos por un gran número de jardineros y contenían plantas ornamentales, aromáticas y medicinales.

En el mundo prehispánico el hombre estaba íntimamente conectado con la naturaleza y las plantas, flores y árboles eran usados por sus propiedades curativas y tenían relación con los dioses; los jardines jugaron así un papel importante en el paisaje urbano. Este artículo intentará explicar los significados simbólicos de esos jardines, mostrando cómo pudieron reflejar algunos conceptos de la filosofía precolombina.

En Mesoamérica el cosmos se consideraba animado: las fuerzas de la tierra, el agua, el viento, el terremoto, eran vistas como seres animados y se incorporaban al mito y a la religión. Uno de los mitos más importantes, recogido en textos del siglo XVII, describe la formación de la tierra y del cielo como el desmembramiento de la diosa Tlaltecuhltli, un ser monstruoso con ojos y bocas en sus articulaciones, que flotaba en un gran mar. De las partes de su cuerpo se crearon cerros, valles, árboles y plantas. Sus cabellos se transformaron en árboles, flores

¹ Este artículo se presentó en inglés en la XI Annual Afro-Hispanic Literature and Culture Conference, celebrada en San José, Costa Rica en julio de 2000.

y hierbas; sus ojos en manantiales y cuevas; su boca en ríos y grandes cavernas, y su nariz en montañas y valles.² Es fácil comprender que con una tradición mitológica como ésta, muchos puntos geográficos se consideraron como sagrados y animados.

Además, en el México antiguo muchas plantas y flores se relacionaban con los dioses. El *quetzalmizquitl*, una cactácea con grandes hojas que parecen plumas, se consideraba sagrada y se asociaba a Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, uno de los más importantes dioses aztecas.³ Cihuacóatl-Quilaztli (mujer serpiente), uno de los múltiples aspectos de la diosa madre —deidad que ayudaba a las mujeres durante el embarazo y el parto, y protegía los procesos vegetales—, era asociada con el *cem-poalxochitl* o flor de muertos. Xochiquetzal, patrona de los artesanos y del amor erótico, se relacionaba con la *izquixochitl*,⁴ una flor que según Hernández se apreciaba por su fragancia y sus propiedades curativas.⁵ Tláloc, dios de la lluvia, también se relacionaba a ciertas plantas que crecían en terreno húmedo y en el agua; una de éstas, la *iyauhtli*, hoy es conocida como pericón.⁶ Otra planta que, según Doris Heyden, se relacionaba con el dios

² "Historia de México", en *Teogonía e historia de los mexicanos*, Ángel Ma. Garibay (ed.), México, Porrúa, 1965, p.108.

³ Carlos Viesca Treviño, "Usos de las plantas medicinales mexicanas", en *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 39, septiembre-octubre 1999, pp. 30-35.

⁴ Salvador Díaz Cíntora, *Xochiquetzal*, México, UNAM, 1990, p. 18.

⁵ Francisco Hernández, *Historia natural de la Nueva España, Obras completas*, 4 vols., México, UNAM, 1976, p. 389.

⁶ Carmen Aguilera, *Flora y fauna mexicana. Mitología y tradiciones*, México, Everest Mexicana, 1985, p.103.

HISTORIA

Macuilxóchitl (cinco flores), era el *ololiuhqui*, cuya flor tenía cinco pétalos.⁷

Danza, canto, fertilidad y flores se asociaban a Macuilxóchitl y a Xochipilli, dios de las flores. La famosa escultura de Xochipilli encontrada en Tlalmanalco está decorada con flores estilizadas que se han identificado con plantas alucinógenas que los nahuas usaban durante sus rituales como el *ololiuhqui*, el tabaco (*Nicotina tabacum*) y el *sinicuichi* (*Heimia salicifolia*), un hongo sagrado. Por lo tanto, Schulte afirma que Xochipilli no representa simplemente al príncipe de las flores, sino al príncipe de las flores embriagantes, incluyendo entre éstas a los hongos, que en la poesía nahua se acostumbraban llamar también “flores” y “flores que intoxican”.⁸ Todas estas plantas y muchas otras servían como medio de comunicación entre el hombre y los dioses, y muchas de ellas se consideraban como dioses mismos.

Considerando el alto valor que se daba a plantas y flores en el mundo mesoamericano, se puede comprender por qué los jardines contenían plantas medicinales. En los jardines aristocráticos y reales las magníficas colecciones botánicas adquirieron una importancia que iba más allá de lo recreativo y placentero. Puesto que la cosecha se entregaba a la nobleza como tributo, los jardines de la élite no contenían plantas comestibles sino ornamentales, aromáticas y medicinales, plantas necesarias para los rituales y que representaban un estatus alto. Los jardines reales eran además vastas colecciones de plantas traídas como tributo desde los territorios conquistados, demostrando así la extensión del imperio y el poder de la clase gobernante azteca.

Al describir los jardines de Moctezuma, Bartolomé de las Casas dice que tenía “huertas y jardines de todas las flores que por todo aquel reino se podían hallar, que no son pocas”.⁹ Los jardines más maravillosos de Moctezuma eran los de Huastepc (hoy Oaxtepec, Morelos), probablemente entre los más antiguos jardines botánicos del mundo. Durán y el historiador Tezozómoc nos cuentan que Moctezuma el Viejo, siguiendo el consejo de su hermano Tlacáelel, decidió construir el jardín de Huastepc. Envió mensajeros a la costa tropical a fin de solicitar al señor de Cuetlaxtla plantas de *cacao*, *hueynacaxtli*, *yolloxochitl*, *cacahuaxochitl*, *izquioxochitl*, *hualcaxochitl*, *caloxochitl*, *tlilxochitl* y otros valiosos vegetales, todos

⁷ Doris Heyden, *Mitología y simbolismo de la flora en el México prehispánico*, México, UNAM, 1983, p. 23.

⁸ Richard Schulte Evans, *Plants of the Gods*, Rochester, Vermont, Healing Arts Press, 1992, p.151.

⁹ Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética Historia*, 2 vols., México, UNAM, 1967, p. 268.



Quetzalmizquitl. (Tomado de *Códice Florentino*, libro XI, f. 167v.)



Ololiuhqui. (Tomado de *Códice Florentino*, libro XI, f. 129v.)

con sus raíces; y no sólo esto, sino que pidió también que las plantas fueran traídas cuidadosamente por jardineros de la misma región, capaces de replantarlas en la estación apropiada y de cultivarlas. Al recibir este mensaje, el señor de Cuetlaxtla ordenó que un número considerable de todo género de plantas fuera extraído de la tierra con sus raíces, las cuales, acondicionadas debidamente, fueron envueltas en hermosas mantas y despachadas así a México.¹⁰ Merece recordarse aquí el ceremonial ob-

¹⁰ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, México, Porrúa, 1980, pp. 370-371. Fray Diego Durán, *Historia de los indios de*

HISTORIA



Tolohuaxihuitl o toloache y *nexehuac*. (Tomado de *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*, f. 29 r.)

servado por los jardineros antes de colocar las plantas en el jardín. Ayunaron durante ocho días, y sacándose sangre de la parte alta de la oreja rociaron con ella las plantas; hicieron después un sacrificio al dios de las flores, ofreciéndole numerosas codornices muertas, después de haber salpicado las plantas y la tierra alrededor de ellas con su sangre. En seguida declararon al pueblo que, observando estas ceremonias, ninguna de las plantas se perdería y que pronto producirían flores y frutos.¹¹ Esta ceremonia muestra una relación mítica entre los hombres y la tierra. Los hombres alimentan la tierra con su sangre y cuerpos, y a cambio la tierra los alimenta produciendo plantas. En el *Códice Borgia* encontramos representada esta creencia de que la sangre podía suscitar una buena cosecha: una planta de maíz, fertilizada con la sangre proveniente de los órganos sexuales de dos hombres de rodillas, brota del cuerpo de una diosa de la tierra.¹²

Los jardines botánicos de Huastepéc eran tan famosos que Francisco Hernández, enviado por el rey a Nueva

Nueva España e islas de la tierra firme, México, Editora Nacional, 1967, libro II, p. 247.

¹¹ Fray Diego Durán, *op.cit.*, 1967, libro II, p. 248.

¹² Gisela Díaz y Alan Rodgers, *The Codex Borgia: A Full-Color*

España para compilar una historia natural de esta tierra, pasó la mayor parte de su tiempo (desde 1570 hasta 1577) en Huastepéc, describiendo y dibujando las plantas que vio allí.¹³ Su trabajo, junto al *Códice Badiano*, es una de las fuentes más importantes que tenemos acerca de las plantas medicinales mexicanas. El otro jardín que Hernández visitó fue el de Tezcozingo, del famoso rey poeta Nezahualcóyotl. Clavijero nos informa que este rey sabio amaba tanto la naturaleza, que no sólo estudió las plantas y los animales, sino también hizo pintar en los muros de su palacio las especies de plantas tropicales y animales que tenía en su jardín.¹⁴

Las flores se apreciaban mucho en la sociedad mesoamericana porque se ofrecían a los dioses. Se daban ramilletes a los líderes para ayudarlos en sus tareas y acercarlos más a los poderes divinos, pues se creía que la fragancia floral derivaba de los dioses. Las flores aromáticas se consideraban un lujo y por lo tanto atributo de la clase gobernante. Esas plantas, de las que en cierta manera se apropiaron los gobernantes y la élite, se convirtieron en indicadores de rango que reforzaban la jerarquía social del imperio azteca.¹⁵ Casi todas las plantas medicinales se conocían por su valor curativo y cualidades psicotrópicas. Plantas como el *cacao*, el *ololiuhqui* y el *tolache* eran también reclamadas por la clase gobernante, que se reservaba el derecho de comunicarse directamente con los dioses.

Otra planta significativa en el pensamiento mesoamericano era el árbol. Árboles reales o simbólicos representaban importantes metáforas cósmicas. En la mitología del México antiguo el mundo se imaginaba flotando en un gran lago, donde al centro había una montaña o un gran árbol que conectaba el cielo, la tierra y el inframundo. Aunque el árbol más importante y sagrado era el del centro, en el pensamiento mesoamericano se hacía referencia también a otros cuatro árboles, localizados en los cuatro rincones de la tierra y que ayudaban a sostener el cielo. Esos cuatro árboles se relacionaban con las cuatro direcciones cardinales, como también con un dios específico, un color y un ave cuyas identidades variaban regionalmente.¹⁶

Restoration of the Ancient Mexican Manuscript, Nueva York, Dover, 1993, il. 53.

¹³ William Prescott, *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa, 1985, p. 85.

¹⁴ Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1991, tomo I, p. 115.

¹⁵ Doris Heyden, *op.cit.*, pp.49-57.

¹⁶ Jacques Soustelle, *El universo de los aztecas*, México, FCE, 1982, pp. 144-176.

Las representaciones más famosas de esos árboles de las cuatro direcciones del mundo se encuentran en los códices *Borgia*, *Fejérváry-Mayer* y *Vaticano*. En el *Fejérváry-Mayer* cada árbol brota de un dios terrestre y está asociado con un ave sobrenatural: el quetzal (este), la guacamaya (norte), el colibrí azul (oeste) y el ave blanca acuática (sur). En el *Códice Borgia* una página está dedicada a cada árbol de las cinco direcciones del mundo. Todos brotan de los cuerpos de figuras que recuerdan a Cihuacóatl, mujeres sobrenaturales en sus aspectos destructivos y mortales. En el arte precolombino los árboles están generalmente pintados con sus raíces brotando de las fauces de un monstruo terrestre y con frutas, flores, aves e insectos en sus ramas.¹⁷

Como metáfora natural del árbol cósmico, dos importantes árboles fueron escogidos por su tamaño y longevidad. Estas especies eran la ceiba entre los mayas, y el ahuehuete o ciprés entre los pueblos del altiplano central. Como ambos dan una gran sombra, simbolizan la protección y la seguridad. El ahuehuete también es mencionado en la mitología azteca: su tronco sirvió de refugio a la pareja mítica después del gran aluvión provocado por el fin de uno de los soles cosmogónicos.¹⁸

Con toda esta carga simbólica no hay que sorprenderse de que los árboles, y especialmente el ahuehuete, jugaran un papel importante en los jardines aztecas. Como nos informa Prescott, a los pies del cerro de los jardines de Chapultepec había una arboleda de bellos ahuehuetes, algunos de los cuales todavía sobreviven.¹⁹ Al describir el palacio de Nezahualcóyotl a los pies del cerro de Tezcozingo, Motolinía menciona que tenía un jardín “que contenía más de mil cedros (cipreses) muy grandes y hermosos”.²⁰ El diplomático americano Brantz Mayer describió la misma arboleda de ahuehuetes conocida como “El bosque del contador”, que se encontraba en la planicie noroeste de Tezcoco, como “una de las más notables reliquias de los príncipes y del pueblo de la monarquía tezcocana”.²¹ En el jardín de Huastepic se encuentra también un área denominada “El bosque”, sobre el río Yautepic que atraviesa el estado de Morelos. Este “bosque” se caracteriza por la presencia de grandes árboles, entre los cuales los más viejos son los ahuehuetes.²²

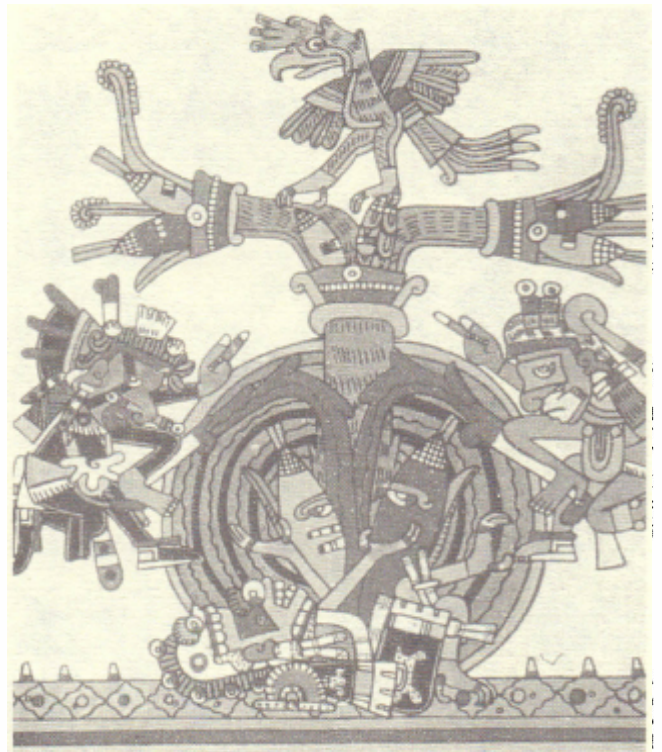
¹⁷ Esther Pasztory, *The Murals of Teopantitla, Teotihuacan*, Nueva York y Londres, Garland Publishing, 1976, pp. 152-153.

¹⁸ *Códice Chimalpopoca*, México, UNAM, 1945, pp. 119-164 y 120.

¹⁹ William Prescott, *op. cit.*, p.280.

²⁰ Fray Toribio de Benavente (Motolinía), *Historia de los Indios de la Nueva España*, México, Porrúa, 1995, p.147.

²¹ Brantz Mayer, *Mexico Aztec Spanish and Republican*, Hartford Brake Company, 1853, vol. 2, p. 276.



El árbol cósmico del centro. (Tomado de *Códice Borgia*.)

De las descripciones citadas podemos deducir que el jardín prehispánico tenía dos áreas: una localizada cerca del palacio del rey, donde la naturaleza era domesticada por el hombre y donde se cultivaban plantas ornamentales y curativas alrededor de albercas, fuentes y pabellones; la otra área, a menudo mencionada en la literatura colonial como “El bosque”, se extendía en el paisaje natural circundante. Esta zona con frecuencia se usaba para las fiestas de caza del rey.²³

Junto a plantas y árboles, otro elemento importante de estos jardines eran los animales. Los primeros españoles que los vieron nos informan sobre las diferentes especies de esa fauna. Cortés y Bartolomé de las Casas quedaron sorprendidos cuando contemplaron por primera vez el zoológico de Moctezuma con todo tipo de aves, felinos, serpientes y peces. Como nos dice Las Casas, Moctezuma tenía pabellones y estanques en donde había aves y otros animales, a los que daban de comer más de trescientos servidores.²⁴

²² Antonio Zepillo Castillo, *Crónica Florida de Oaxtepec*, México, IMSS, 1994.

²³ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1936, tomo II, p. 24.

²⁴ Fray Bartolomé de las Casas, *op. cit.*, p. 266-268.



Tezcatlipoca bajo la forma de un guajolote. (Tomado de *Códice Borbónico*, p. 17.)

El famoso jardín zoológico de Moctezuma, que tanto impresionó a los conquistadores, no fue creado solamente para la recreación real. Los animales coleccionados representaban probablemente el *nahualtin* de los dioses. Los dioses prehispánicos se manifestaban también bajo la forma de animales. La diosa Itz'pápatl tomaba la forma de una mariposa; Quetzalcóatl, de una serpiente; Huitzilopochtli, de un colibrí. Los dioses se podían manifestar bajo la forma de más de un animal, como Tezcatlipoca, representado como jaguar, coyote, zopilote o guajolote.²⁵

Según el pensamiento precolombino, la fauna tenía relaciones con las tres divisiones cósmicas: del cielo, la tierra y el inframundo. A su vez el universo estaba dividido verticalmente en trece niveles: los cuatro inferiores formaban la tierra y había otros nueve bajo ésta. Algunos animales se seleccionaban como equivalentes visuales de este universo como metáfora de cuerpos celestes, de la superficie de la tierra y del reino del inframundo.

Algunos se asociaban con dos niveles a la vez. Eran más poderosos porque representaban las características de más de un reino: por ejemplo, la famosa serpiente emplumada, Quetzalcóatl o Kukulcán. La fusión de la serpiente con el ave combinaba las fuerzas del cielo y la

tierra en un poderoso ser sobrenatural. A estos animales se les concedía el dominio sobre los cielos y la tierra, poderes que se reconocía a la jerarquía gobernante.

Generalmente los animales pertenecientes al nivel celeste se asociaban con el sol, la luna, Venus, y actuaban como mensajeros entre el hombre y sus dioses. Lógicamente estos animales incluían a muchas aves, pero las más importantes eran el águila, la guacamaya y el colibrí. Los predadores como el zopilote, el águila y el halcón eran metáforas del sol. Su rapidez y agudeza visual representaban modelos para el cazador y el guerrero.²⁶ El águila, considerada la suprema deidad solar, jugó un papel fundamental en la fundación de la capital azteca, Tenochtitlan. También era el emblema de una de las organizaciones guerreras de élite, y muchos de los términos aztecas relacionados con la audacia y la guerra hacían referencia a las cualidades del águila. Puesto que el gobernante encarnaba esas cualidades, se lo comparaba también con el ave. No hay que sorprenderse entonces de que el emperador Moctezuma tuviera águilas en su jardín.

El colibrí era otra metáfora solar y estaba asociado al dios de la guerra y el sacrificio, Huitzilopochtli (colibrí de la izquierda). Otra ave particularmente apreciada por su plumaje era el quetzal. Sus plumas, que tenían el mismo valor de las piedras verdes (jade) y el oro, se usaban para adornar a dioses como Quetzalcóatl y Xochiquetzal, y para los atuendos de la clase alta. Los reyes mexicas solían usar un tocado de plumas de quetzal. Se acostumbraba pintar esta ave sobre el árbol cósmico del este, donde nace el sol, un punto cardinal siempre asociado con la fertilidad, la abundancia y la riqueza.²⁷ Papagayos y guacamayas eran otras aves que los mesoamericanos apreciaban por su plumaje.

La serpiente, el sapo, la tortuga, el cocodrilo, el armadillo, el mono y la rana eran animales asociados con la tierra y la fertilidad. La serpiente era por lo general una metáfora de dos líquidos vitales: la lluvia y la sangre. Asociadas al culto de la lluvia, las serpientes tomaban la forma de las deidades de la lluvia o las servían en una u otra capacidad. Las serpientes eran importantes símbolos de diosas aztecas de la tierra como Coatlicue (la de la falda de serpientes), y Chicomecóatl (siete serpiente), la más importante diosa del maíz.²⁸

Bajo la superficie de la tierra estaba el inframundo, un reino oscuro y húmedo. Los animales que lo representa-

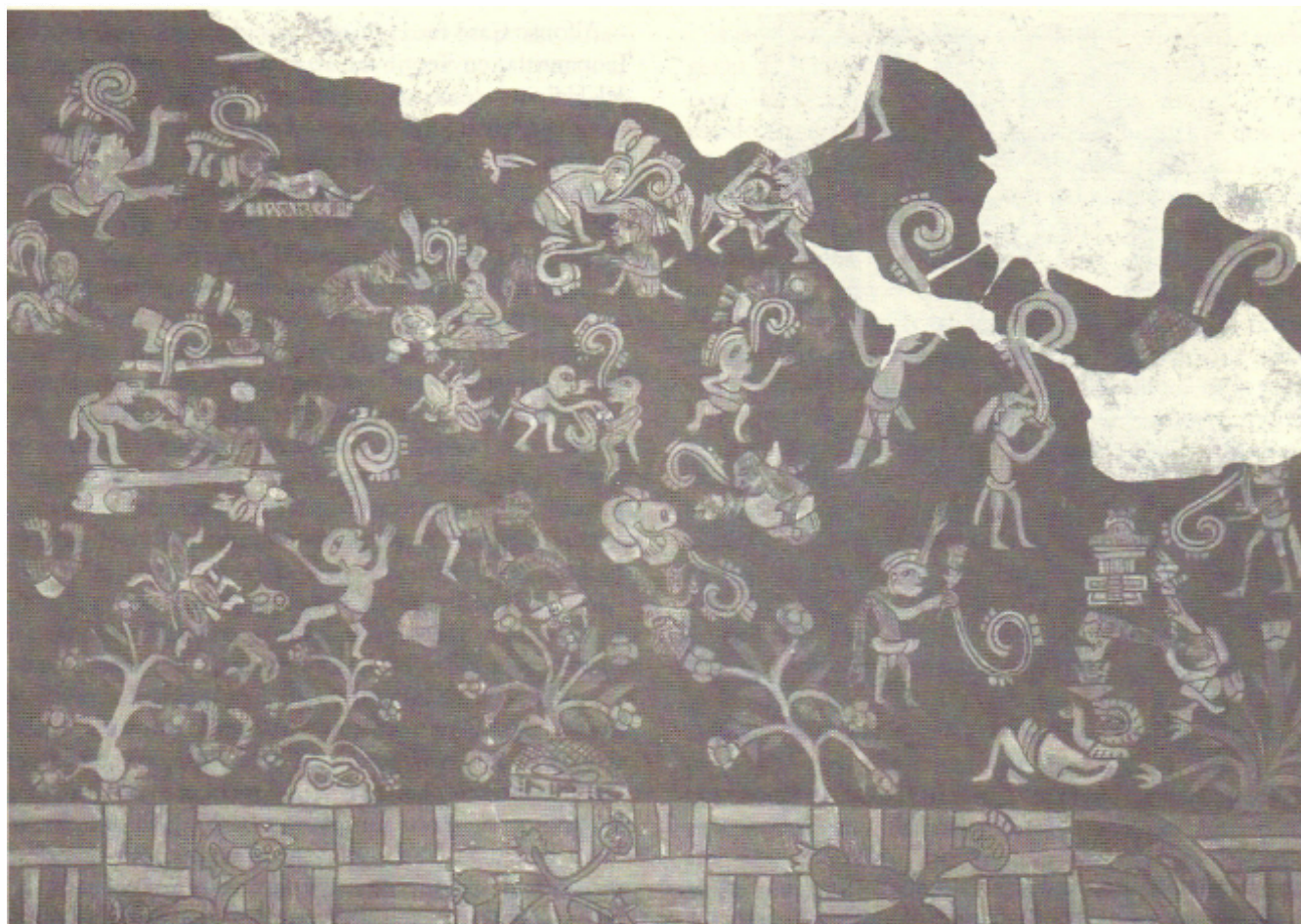
²⁶ Carmen Aguilera, *op. cit.*, 63.

²⁷ *Ibidem*, pp. 47-49.

²⁸ Jeanette Favrot Peterson, *Precolombian Flora and Fauna*, San Diego, California, Mingei International, 1990, pp. 36-37.

²⁵ Oliver Guilhem, *Moqueries et métamorphoses d'un dieu aztèque: Tezcatlipoca, le "seigneur au miroir fumant"*, París, Institut d'Ethnologie/CEMCA, 1997.

HISTORIA

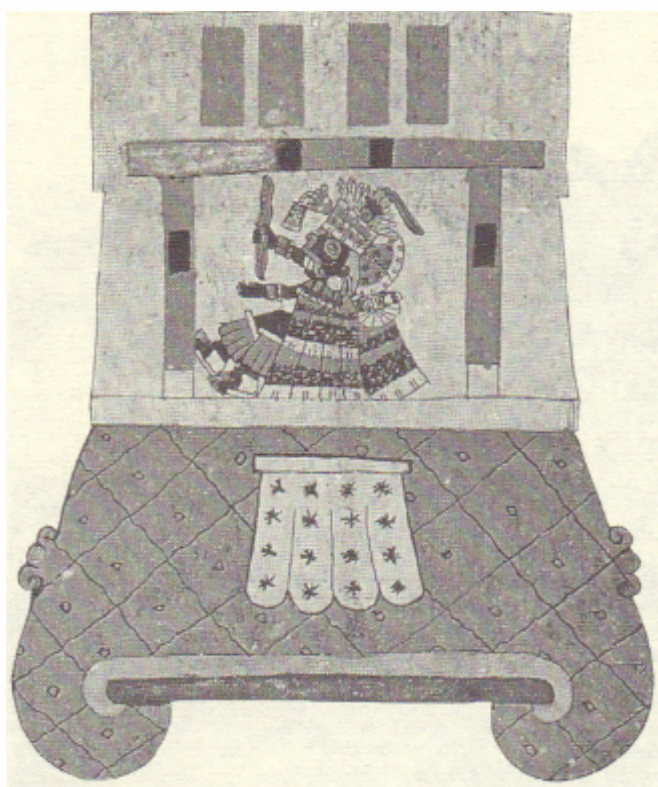


Detalle del mural de Teopantitla. Reproducción en la Sala Teotihuacana del Museo Nacional de Antropología.

ban eran las aves marinas, los peces, las conchas, el jaguar, el murciélago y el búho. En cuanto cazador casi exclusivamente nocturno, el jaguar se consideraba un ser del inframundo. Por su rapidez y enorme fuerza, era el animal dominante de la selva tropical y por lo mismo el que inspiraba más respeto y admiración. Sacerdotes y gobernantes se apropiaron del valor y el poder del jaguar, asociado también a la tierra, la lluvia y la noche. La noche estrellada se comparaba con la piel de este animal. Los aztecas enfatizaron al jaguar en su culto a la guerra, en tanto éste representaba una de las órdenes de su élite. Los guerreros águila y jaguar tenían como premio a su valor honores y reconocimientos en vida, y se les prometía un destino celestial después de la muerte. En cierta manera, la pareja jaguar-águila definía las dos partes complementarias del orden cósmico. El águila como supremo animal del sol, representaba el cielo y el aire en oposición al jaguar, animal de la noche, que se asociaba a la húmeda tierra y al inframundo.

El universo era interpretado por los mesoamericanos como una cadena interrelacionada, dominada por ciclos recurrentes de vida y muerte, temporada seca y de lluvias. La división del ciclo anual en dos partes, una correspondiente al sol (temporada seca) y la otra correspondiente a la noche (temporada de lluvias), era un concepto fundamental de la cosmovisión prehispánica. Dioses, plantas, animales, todos eran metáforas de este sistema dual que contraponía cielo, luz, ígneo, masculino, activo, a tierra, luna, oscuridad, agua, femenino, pasivo. Por lo tanto, podemos decir que la presencia de animales que representaban al sol y al cielo en los jardines reales, y animales que se asociaban a la tierra y al inframundo, aseguraban los vínculos de la élite con los poderes cósmicos y ayudaban al rey en su divina tarea de mantener el orden para su pueblo.

Hasta ahora hemos visto cómo el jardín prehispánico fue una fuente de plantas curativas y un paradigma cósmico. Nos falta averiguar si este jardín pudo reflejar tam-



Tláloc y su templo en el cerro. (Tomado de *Códice Borbónico*, f. 24.)

bién ideas paradisíacas de los antiguos mexicanos. Según la visión azteca había tres posibilidades después de la muerte. La primera era el Mictlan o el inframundo, adonde iba la gente común que moría de una enfermedad ordinaria. La segunda era la casa del sol, adonde iban los guerreros, las víctimas del sacrificio y las mujeres que morían en el parto. La tercera era el Tlalocan o casa de Tláloc, el dios de la lluvia, lugar de naturaleza exuberante reservado a los que morían por ahogamiento, lepra, enfermedades venéreas, hidropesía y a los niños sacrificados a ese dios. Sahagún describe este paraíso como un lugar situado en el este, donde nacen todos los ríos. Un terreno rico y fértil, donde crecen todos tipos de plantas, y se encuentran flores bonitas y aromáticas, árboles de cacao y de hule, el *yolloxochitl* y muchas más. En el Tlalocan había también aves de plumaje precioso como el quetzal y la guacamaya, y piedras preciosas como el jade, la turquesa, la plata y el oro. Era un lugar de eterna primavera donde las plantas siempre brotaban y todo era eternamente verde.²⁹

²⁹ Fray Bernardino de Sahagún, *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain* (trad. por Arthur J.O. Anderson y Charles

Alfonso Caso fue el primero en identificar el mural de Teopantitla, en Teotihuacan, como una representación del Tlalocan descrito por Sahagún.³⁰ El mural representa numerosas figuras pequeñas que nadan, descansan y juegan en un lugar donde hay ríos, cuevas, vegetación, aves y mariposas. En investigaciones recientes se han reconocido algunas de estas plantas: maíz, *oceloxochitl*, cacao, *toloache* (datura), *yauhtli* (pericón), papavero y *ololiuhqui*, sugiriendo que parte de este jardín paradisíaco estaba dedicado al cultivo de plantas medicinales. Esto se comprueba también por la presencia de varios individuos que parecen ser tratados por diversas enfermedades o lesiones.³¹ Si éste es el caso, el jardín prehispánico que los primeros conquistadores españoles describieron como un lugar lleno de plantas aromáticas, medicinales, de coloradas aves tropicales, albercas y arroyos, correspondería bien al concepto mesoamericano de un sagrado jardín paradisíaco.

Pero todavía hay más. Tlalocan, paraíso del dios de la lluvia, era de alguna manera la conceptualización de un espacio bajo la tierra, lleno de agua, que conectaba la montaña al mar. Como indica Sahagún, los antiguos habitantes de México creían que todos los ríos nacían de un lugar llamado Tlalocan: “Y decían que los cerros tienen una naturaleza oculta; sólo por encima son de tierra, son de piedra; pero son como ollas, como cajas están llenas de agua...”³² Largas y profundas cuevas eran lugares particularmente apropiados como entradas al Tlalocan y Durán nos cuenta que Tláloc es el “Dios de las lluvias, truenos y relámpagos, reverenciado de todos los de la tierra en general, que quiere decir camino debajo de la tierra o cueva larga...”³³ En los códices lo encontramos muchas veces pintado dentro de un cerro o de una cueva, y en el valle alrededor de la Ciudad de México había un santuario sobre el monte Tláloc dedicado a él. El culto a las montañas y a las cuevas es un aspecto fundamental del culto a Tláloc, asociando este dios a la fertilidad, a las diosas terrestres y a la noche.³⁴

E. Dibble, Santa Fe, The School of American Research and the University of Utah, 1950-1982), libro 3, pp. 45, 47; libro 6, pp. 35, 38, 114; libro 11, p. 247.

³⁰ Alfonso Caso, “El paraíso terrenal en Teotihuacan”, en *Cuadernos Americanos*, vol. 6, noviembre-diciembre de 1942, pp. 127-136.

³¹ Xavier Lozoya, “Un paraíso de plantas medicinales”, en *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 39, septiembre-octubre de 1999, pp. 14-21.

³² Sahagún, *op. cit.*, libro 11, p. 247.

³³ Fray Diego Durán, *Book of the Gods and Rites and the Ancient Calendar*, Fernando Horcasitas y Doris Heyden eds. y trans., University of Oklahoma Press, 1971, p. 154.

³⁴ Doris Heyden, “Caves, Gods and Myths: World-View and Planning in Teotihuacan”, en *Mesoamerican Sites and World Views*, Wash-

Montañas y cuevas eran sagradas para los pueblos mesoamericanos en cuanto fuentes de mitos de creación, dominio de los dioses terrestres y por esto asociadas a la fertilidad. Según un mito azteca, Tonacatepetl o la “Montaña del sustento” era la fuente mitológica de las cosechas.³⁵ Puede ser que por este motivo los pueblos prehispánicos prefirieran construir sus jardines sobre los cerros, donde había manantiales y cuevas. El jardín de Chapultepec se construyó sobre el cerro del Chapulín. El agua del manantial fue canalizada para proporcionar agua a la ciudad de Tenochtitlan.³⁶ El topónimo de Huasteppec se compone de *huaxin* (guaje, un árbol que crece en esta zona) y *tepetl* (cerro). El rey Nezahualcóyotl construyó también su jardín sobre el cerro sagrado de Tezcozingo y canalizó el agua que provenía de los manantiales del monte Tláloc para crear estanques con vistas panorámicas. La cumbre del cerro se alcanzaba por medio de un sendero que iba alrededor de todo el cerro y empezaba desde unas escaleras talladas en la roca, que se encontraban cerca del palacio de Nezahualcóyotl en la pendiente sur. Otro sendero atravesaba el cerro de este a oeste. Había baños y estanques en los cuatro puntos cardinales. En la cumbre se encontraron los restos de un santuario a Tláloc. Otros santuarios naturales en el Tezcozingo incluyen una cueva en el punto de transición entre la residencia de Nezahualcóyotl y las plantaciones botánicas más abajo en la falda sur del cerro.³⁷

Por lo tanto, los mesoamericanos crearon jardines en lugares que eran sagrados para ellos y donde la obra del hombre (canales, estanques, templos, relieves), estaba en perfecta armonía con la naturaleza (montañas, cuevas, manantiales). Este jardín no era solamente la representación de un paraíso terrestre, un Tlalocan, sino también un espacio donde reyes y principales realizaban ritos que vinculaban a su pueblo con las fuerzas sagradas de la tierra y del cielo que les daba la vida.

Hay otro aspecto importante de este jardín que es su iconografía política. En las rocas del cerro de Chapultepec y Huasteppec había petroglifos que representaban las efigies del rey y de sus antepasados, cuya función era recordar al pueblo los acontecimientos de la familia real.³⁸

ington D.C., Dumbarton Oaks, 1981, pp. 1-39.

³⁵ Richard F. Townsend, “Coronation at Tenochtitlan”, en *The Aztec Temple Mayor*, Elisabeth Hill Boone ed., Washington D.C., Dumbarton Oaks, 1987, pp. 371-409.

³⁶ William Prescott, *op. cit.*, p. 277.

³⁷ Richard F. Townsend, “Pyramid and Sacred Mountain”, en *Ethnoastronomy in the American Tropics*, Anthony Aveni (ed.), New York Academy of Sciences, 1998, pp. 37-61.

³⁸ Fray Diego Durán, *op.cit.*, 1967, p. 245.

Los jardines de Tezcozingo también incorporaban imágenes de historia nacional representada por el rey guerrero del siglo xv, Nezahualcóyotl, padre fundador del estado imperial tezcocano. Las fuentes históricas describen la escultura de un coyote esculpida en la roca de la cumbre del cerro. En realidad era el glifo del nombre de Nezahualcóyotl o “Coyote que ayuna”. Hay otro relieve escultórico aún más complejo, descrito detalladamente por Ixtlilxóchitl y que ilustra los eventos clave de la vida del gobernador de Tezcoco. Según las fuentes, los relieves estaban ubicados cerca del primer colector de agua (lado este), sobre una piedra circular esculpida en la roca y representaban el escudo de armas de Nezahualcóyotl. Existe un escudo de armas de Tezcoco, otorgado a la ciudad por Carlos V en 1551, que coincide con la descripción que Ixtlilxóchitl hace de los relieves en el Tezcozingo.³⁹ Finalmente, Ixtlilxóchitl también menciona que en el lado norte había tres estanques con tres ranas esculpidas en la roca al borde de cada uno, y nos informa que estas esculturas hacían referencia a Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan, las tres ciudades aliadas que desde 1431 gobernaron el centro de México por casi un siglo. Las esculturas de Tezcozingo fueron encargadas por el monarca para recordar al pueblo sus éxitos históricos en las guerras de principios del siglo xv, que establecieron la independencia de Tezcoco y construyeron un imperio en alianza con Tenochtitlan. Su monumento conmemorativo personal era parte de los jardines sagrados de Tezcozingo, probando así que este jardín, como Chapultepec y Huasteppec, servía también como propaganda política.

En conclusión, la geografía animística y sagrada de los pueblos mesoamericanos permitió que construyeran sus jardines cerca de lugares rituales como cerros, manantiales, cuevas. Estos jardines eran lugares sagrados asociados a la curación de enfermedades físicas y espirituales, transmitiendo la idea de un paraíso terrenal. Al mismo tiempo, servían al rey para reforzar sus lazos con las fuerzas cósmicas mediante la presencia de algunos animales y plantas, y para expresar ciertas ideas políticas por medio de su iconografía arquitectónica. Los pueblos prehispánicos crearon jardines paradisiacos para la adoración y la contemplación, que reflejaban una integración armónica entre naturaleza y hombre, donde la naturaleza mantenía un papel prominente.

³⁹ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, México, Chavero, 1895, p. 211. Rodrigo Martínez Baracs, “El Tetzcotzincó y los símbolos del patriotismo tezcocano”, en *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 38, julio-agosto de 1999, pp. 52-57.